

LAF. Sí.—Aquí pueden oírnos. En otra parte...

MAR. (Con desesperación.) Venid!

LAFEMAS se dirige hacia la puerta grande haciéndola señal de que le siga. Ambos desaparecen por dicha puerta.—El postigo de la puerta pequeña se abre y salen por él SAVERNY y DIDIER, custodiados por guardias.

ESCENA III.

DIDIER y SAVERNY.

Un CARCELERO y dos alabarderos les conducen; el CARCELERO coloca a los dos alabarderos de centinela cerca del paño negro.—DIDIER se sienta silenciosamente en el banco de piedra.

SAV. Gracias. (Al CARCELERO.) Aquí se respira.

CARC. (Llevándose aparte a SAVERNY.) Permittedme, monseñor, que os diga dos palabras.

SAV. Decidme todas las que queráis.

CARC. (En voz baja.) Queréis escaparos?

SAV. Por dónde?

CARC. Eso es asunto mio.

SAV. ¿Pero me lo prometéis verdaderamente?

CARC. Os lo prometo.

SAV. Cuándo?

CARC. Esta noche, muy tarde.

SAV. Os aseguro que tengo muchas ganas de perder de vista esta torre. ¿De dónde me viene la salvación?

CARC. Del marqués de Nangis.

SAV. De mi buen tío!—A propósito, nos salvareis á los dos.

CARC. No puedo salvar más que á uno.

SAV. Dándoos doble recompensa...

CARC. Os repito que no puedo salvar más que á uno.

SAV. Entonces... salvareis á mi compañero.

CARC. Os estais burlando?

SAV. No; quiero que salveis á Didier.

CARC. Pero, monseñor, vuestro tío se expone por vos, pero por otro no.

SAV. Pues en ese caso, que preparen dos ataúdes.

Se vuelve de espaldas al CARCELERO, que se vá asombrado. Entra un ESCRIBANO.

Bien; no nos dejarán solos un instante.

EL ESCRIBANO. Un consejero de la Alta Cámara del rey vá á llegar.

SAV. Que venga. (El ESCRIBANO saluda á los presos y se vá.)

DID. (Con el retrato en la mano y mirándole con contemplación profunda.) Mirame bien; fija tus ojos en mis ojos. ¡Parece una mujer con frente de ángel! Dios, dando candor á sus miradas, si las dió mucha llama, tam-

bien las dió mucha pureza. Su boca infantil, que se entreabre, sonríe con inocencia... (De pronto arroja al suelo el retrato.) ¡Por qué mi nodriza, cuando me encontró recién nacido, no me estrelló en el pavimento de la iglesia!

SAV. Mirad, amigo mio, con qué bajo vuela esa golondrina... no tardará en llover.

DID. (Sin oírle.) ¡No hay sér tan infiel y tan loco como la mujer! ¡es sér inconstante, amargo y tempestuoso como el agua del mar! ¡Y en ese mar expuse la vela de mi nave! Navegué, y al naufragar, abordé á la tumba. Sin embargo, yo nací bueno, el porvenir me sonreía... Desdichada mujer! ¿No te estremecías al mentirme de ese modo, á mí, que de buena fé te entregaba el alma?

SAV. (No se aparta Marion de su pensamiento.)

DID. (Sin oírle, recoge el retrato y vuelve á contemplarlo.) Debo arrojarte en el monton de los séres degradados, mujer que me engañaste. (Acercándose á SAVERNY.) ¡He presenciado un verdadero prodigio! Este retrato está vivo... Te digo que está vivo... Mientras tú dormías, silenciosamente, sin ruido, me ha estado royendo el corazón toda la noche.

SAV. Pobre amigo mio!

DID. Qué me preguntas? No te he oído. Despues que sé su verdadero nombre, estoy tan aturdido, que no me acuerdo de nada, que me olvido de todo.

SAV. Hablemos de otra cosa.

DID. ¿Habeis dormido bien esta noche?

SAV. Muy mal; esas camas se hacen para no dormir.

DID. Cuando esteis muerto, amigo mio, vuestro lecho será más duro aun, pero dormireis mejor. Aunque vayais al infierno estareis mejor que viviendo.

SAV. Entonces ya no le temo; pero, diablo! me tiene de mal humor el que me ahorquen.

DID. Lo mismo dá morir de un modo que de otro.

SAV. Cada cual tiene sus gustos. No temo morir, pero me disgusta morir en la horca.

Entra un CONSEJERO, seguido y precedido de alabarderos.

ESCENA IV.

Los mismos, un CONSEJERO DE LA GRAN CÁMARA, CARCELEROS y guardias.

CARC. (Anunciando.) El señor consejero del rey.

EL CONSEJERO. Señores, mi ministerio es penoso y la ley es tan severa...

SAV. Que no debemos esperar clemencia; hablad.

CONS. (Desdobra un pergamino y lee.) "Nos, Luis, rey de Francia y de Navarra, atendiendo al fondo de la solicitud que los reos han presentado al rey, les conmutamos la pena de horca, á que han sido condenados, por la pena de cortarles la cabeza."

SAV. (Con alegría.) Verdaderamente me alegro.

CONS. Así es que, señores, debeis prepararos, porque la ley se ha de ejecutar hoy.

DID. Estaba yo pensando, que á cualquier clase de muerte horrible que se condene el cuerpo, aunque se le rompan los brazos y se le trituren los huesos, el alma, inmortal, escapa siempre de él sin mancha y sin herida.

CONS. Ocupaos en dar dignamente el último paso.

DID. No sé por qué me interrumpís.

SAV. (Alegremente á DIDIER.) ¡Ya no nos ahorcan!

DID. Ya lo he oído. Han cambiado de espectáculo. El cardenal paga á su corta-cabezas, y es menester que le dé ocupacion.

SAV. Mirais este cambio con frialdad; yo no: os doy las gracias por esta buena noticia. (Al CONSEJERO.)

CONS. Quisiera dároslo mejor, pero...

SAV. A qué hora?

CONS. A las nueve de esta noche.

DID. Me alegro, porque así el cielo estará negro como mi corazón.

SAV. Dónde nos ejecutarán?

CONS. Aquí en este mismo patio; monseñor el cardenal vendrá.

El CONSEJERO sale con su séquito. Los prisioneros quedan solos. El dia empieza á declinar.

ESCENA V.

DIDIER y SAVERNY.

DID. En este momento supremo conviene pensar en la suerte que nos espera. Somos casi de la misma edad, pero esto no obstante soy más viejo que vos: á mí, pues, me corresponde ser vuestro guia hasta el fin y exhortaros, con tanto más motivo, cuanto que yo soy la causa de vuestra perdicion. El desafío nació de mí, vos vivíais dichoso, y bastó que yo me interpusiera en vuestra vida para causar vuestra desventura. Y ya que

los dos vamos á entrar juntos en la noche de la tumba, entremos cogidos de la mano.

Se oyen dos martillazos.

SAV. Qué es ese ruido?

DID. O es que construyen las horcas ó que clavan nuestros ataúdes. Con frecuencia al dar el último paso desmaya el corazón del hombre, y la vida nos atrae aun por no sé qué lazos secretos.

Dá una campanada un reloj.

Creo que nos llaman... Oís?

Dá otra campanada el reloj.

SAV. No nos llaman; es un reloj que dá las horas.

Tercera campanada.

DID. Ah! sí, dan horas.

Cuarta campanada.

SAV. En el reloj de la capilla.

Dá cuatro campanadas más.

DID. Pues ese reloj es una voz que nos llama.

SAV. Aun nos queda una hora.

SAVERNY, sentado en el banco de piedra, apoya los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos. Relevan á los alabarderos que están de guardia.

DID. Amigo, no os descorazoneis al pasar el último umbral que nos conduce al sepulcro, donde nos espera el verdugo. Pasemos con la frente alta. Valor! (Se aproxima á SAVERNY, que permanece inmóvil; le tira del brazo y se apercibe de que está durmiendo.) ¡Duerme! Y yo que queria infundirle valor!...

(Se sienta á su lado.) ¡Duerme, ya que eres tan dichoso que puedes dormir! Pronto me tocará á mí el turno. ¡Ojalá todo muera, y cuando la tumba encierre el corazón, no viva éste para odiar lo que inmerecidamente amó!...

Es de noche. Mientras DIDIER está absorbido en sus pensamientos, penetran por la brecha del fondo MARION y el CARCELERO. El CARCELERO la precede, llevando una linterna sorda y un paquete; deja en el suelo ambas cosas. Despues avanza hacia MARION, que sin dar un solo paso se ha quedado inmóvil y como petrificada.

ESCENA VI.

Dichos, MARION y el CARCELERO.

CARC. (A MARION.) Os encargo que salgais antes de la hora indicada.

Se separa de ella, y durante el resto de la escena se pasea por el fondo. MARION avanza absorbida en un pensamiento que la desespera; de vez en cuando se pasa la mano por la cara, como si tratase de borrar algo.

MAR. (Creo que sus labios me han marcado como un hierro encendido.)

De repente vé á DIDIER, lanza un grito y se precipita hacia él, arrojándose á sus piés.

Didier! Didier!

DID. (Despertándose con sobresalto.) Ella aquí! Dios mio! Sois vos? (Con frialdad.)

MAR. Quién quieres que sea!... ¡Deja que bese tus manos... deja que bese tus cadenas... ya que por fin he conseguido llegar hasta donde tú estás!...

Solloza y llora.

DID. Por qué llorais?

MAR. No, no, no lloro... rio de placer... porque vamos á escapar de aquí... porque estoy contenta... porque tú vivirás.

DID. Señora...

MAR. (Se levanta y acerca un paquete que ha traído.) Aprovechemos estos supremos instantes; ponte este disfraz... he ganado á los carceleros y podremos salir de aquí sin que nos vean, tomando una callejuela que está al extremo de la muralla. Richelieu vá á venir á ver cómo se ejecutan sus órdenes y no tenemos ni un minuto que perder; cuando venga dispararán un cañonazo, y si nos encuentran aquí ya no podré salvarte.

DID. ¿Decís que hay una callejuela cerca de la muralla?

MAR. Sí; por ella he venido hasta aquí y el camino es muy seguro. Vamos, date prisa; vístete este traje y huyamos.

DID. (Rechazando el disfraz.) No corre prisa.

MAR. ¡No corre prisa y tienes la muerte encima! Huyamos, Didier, que he venido á salvarte.

DID. Los hombres á veces somos muy insensatos.

MAR. Vamos, que el tiempo apremia y los caballos están á punto. Despues me dirás todo lo que quieras; ahora huyamos.

DID. El carcelero nos está mirando.

MAR. Le tengo comprado, lo mismo que á la guardia.

DID. ¿Y no esperais que esos hombres os vendan?

MAR. No; vamos, vamos.

DID. (Señalando á SAVERNY, que está dormido.) Dime, ¿á cuál de los dos has venido á salvar?

MAR. ¿Qué te he hecho, Didier, que me hablas de ese modo?

DID. Levanta la cabeza y mírame fijamente.

MARION, temblando, le mira.

Está muy parecido!

MAR. Huyamos!

DID. Quieres mirarme otra vez?

MAR. (Aterrada.) ¿Conocerá en mi rostro los besos?... Escúchame, Didier; tú me ocultas un secreto que acaso me ultraja

y que no me quieres decir; no te portabas conmigo así otras veces. ¿No me amas ya? No te acuerdas de Blois? ¿No te acuerdas del aposento donde ayer nos amábamos tranquilamente, olvidándonos del mundo?... Hice mucho tiempo lo que tú quisiste, y ahora te llega el turno de que cumplas mi voluntad. Ahora quiero que me obedezcas y que me sigas; ahora quiero que me hables y que me llames María.

DID. María ó Marion?

MAR. (Cayendo al suelo desvanecida.) ¡Didier, ten compasion de mí!

DID. (Con voz terrible.) Es muy difícil penetrar en la cárcel, que está vigilada de dia y de noche, cuyas puertas son de hierro, cuyas murallas son muy altas: para conseguir que os abran la puerta de la prision, ¿á quién os habeis prostituido?

MAR. Didier, quién te ha dicho?...

DID. Lo he adivinado...

MAR. Ha sido por salvaros la vida.

DID. Muchas gracias! (Cruzándose de brazos.)

Me avergüenzo, señora, de que me presentéis desnudo tanto impudor. (Recorre á grandes pasos el patio dando gritos.) ¿Dónde está el infame mercader que á ese precio ha comprado mi cabeza? Que venga aquí! Quiero hacerle pedazos! ¡Quiero estrellarle como al retrato. (Echa al suelo el retrato.) Marion, corre á buscarle!

MAR. No me trates de ese modo! Si me dices otra palabra despreciativa, caeré muerta á tus piés. Si alguna vez sintió alguna mujer una pasion ardiente y profunda, esa mujer he sido yo, y si algun hombre ha sido querido é idolatrado, Didier, ese hombre eres tú.

DID. Cállate! Si yo por desgracia hubiera nacido mujer y hubiera sido tan vil y tan infame que hubiera comerciado con mi belleza con todo el mundo y se me hubiera dirigido un hombre cándido y de buena fé, un hombre honrado é imbecil que creyera en mi honor, antes que ocultarle mi vida pasada, antes que ser con él falsa, ingrata y pérfida, me hubiera quitado la vida con mis propias manos.

MAR. Ah!

DID. ¡Cómo te reirias de mi candidez si hubieses podido ver cómo se reflejaba tu imágen en mi corazon, que has conseguido romper! En él te reflejabas cándida, pura y casta... ¿qué daño te habia hecho el hombre inocente que, arrodillado, te consagraba el culto de su amor puro, el culto que se consagra á una vírgen? (Pausa.)

(Recogiendo el retrato del suelo.) En estos últimos momentos de mi vida debo devolveros esta alhaja; este recuerdo de un amor fiel y tierno. (Entregándole el retrato.)

MAR. Dios mio!

DID. ¿No le hiciste pintar expresamente para mí? (Riendo violentamente y arrojándolo al suelo.)

CARC. (Acercándose á MARION.) Que os queda poco tiempo.

MAR. Ah! las horas vuelan! Didier, no tengo derecho á pronunciar ni una sola palabra; me has rechazado y maldonado, he merecido tu ódio y tu cólera, pero llega tu hora suprema y quiero que huyas... dispuestó está todo para tu fuga... Sabes á qué precio la he conseguido; humíllame, lléname de oprobio, recházame, no me vuelvas á mirar, pero huye, salva la vida!...

DID. No tengo que huir de nada ni de nadie en el mundo más que de tí; pero de tí me libraré la tumba.

CARC. Que vá á dar la hora.

MAR. Vamos! Huye!

DID. Inútilmente te empeñas.

MAR. Ya que no tienes cariño á la vida, ya que me desprecias, al menos cumple por última vez los deseos de la mujer á quien en mejores dias llamaste esposa.

DID. Esposa! (Avergonzado.)

Se oye un cañonazo á lo lejos.

Ese cañonazo anuncia que vais á ser viuda.

MAR. Didier!...

CARC. Ya es tarde para huir.

Se oye el redoble de tambores.—Entra el CONSEJERO DE LA ALTA CÁMARA, acompañado de penitentes que llevan antorchas encendidas y del VERDUGO, y seguido de soldados y de gente del pueblo.

MAR. Ah!

ESCENA VII.

Dichos, CONSEJERO, el VERDUGO, pueblo y soldados.

CONS. Está ya todo dispuestó.

DID. Nosotros tambien estamos preparados.

CONS. ¿Quién es el marqués de Saverny?

DIDIER se lo señala con el dedo.

Dispertadle! (Al VERDUGO.)

EL VERDUGO. Eh, monseñor!

SAV. (Frotándose los ojos.) No me han dejado continuar el sueño.

DID. No han hecho más que interrumpirlo.

SAV. Calla! Marion! Precisamente estaba soñando en vos.

CONS. ¿Habeis recomendado á Dios vuestra alma?

SAV. Sí.

CONS. Pues bien, dignaos firmar este papel. (Presentándole un pergamino.)

SAV. (Leyéndolo rápidamente.) Es el proceso verbal. He encontrado tres faltas de ortografía. (SAVERNY firma.)

CONS. Didier, firmad tambien. (Presentándole la pluma.)

MAR. Dios mio!

DID. (Firmando.) Nunca firmé con tanta alegría.

Salen de las filas guardias que se ponen á un lado y á otro de DIDIER y de SAVERNY.

DID. (A SAVERNY.) Ya que por mí os veis en este trance, abracémonos. (Se abrazan.)

MAR. ¡Y á mí no me abrazais, Didier! ¡A mí, que he pedido de rodillas al juez y al rey que os perdonasen!

DID. (Precipitándose hácia MARION y llorando.) Te he amado demasiado y no puedo dejarte de este modo. No es fácil manifestar frialdad cuando enciende el cariño el corazon. Ven á mis brazos. Se abrazan convulsivamente.

Voy á morir y te amo!

MAR. Didier!

DID. Ven aquí, desdichada mujer. Decidme si hay alguno entre vosotros que en semejantes momentos rehuse abrazar á la pobre desgraciada que se le entregó por completo. Ven, que quiero que sepa todo el mundo que tú eres la única mujer que yo amo, porque fuiste buena, porque supiste sacrificar por mí. Además, que harto has expiado tu caída... quizás tu madre te olvidara en la cuna como á mí... acaso siendo niña aun, venderian tu inocencia... ¡Ah, levanta la frente, que yo te perdono!

MAR. (Ahogada en lágrimas.) ¡Gracias, Dios mio!

DID. Ahora, á tu vez, perdóname tú. (Se arrodilla ante ella.)

MAR. Didier!...

DID. Perdóname, ya que Dios te castiga enamorándote de mí; perdóname, porque he causado tu desgracia, y esto es para mí un remordimiento.

MAR. Ah!...

DID. Ni una palabra; pon las manos en mi frente, y si tu corazon está demasiado lleno, si no puedes hablar, hazme una señal, porque voy á morir y necesito que me consueles.

MARION le impone las manos sobre la frente; él se levanta y la abraza con cariño.

Ahora, señores, marchemos.

MAR. (Lanzándose entre él y los soldados.) ¡No lo

consiento! Quieren matarte, pero se olvidan de que estoy yo aquí. Señores, perdonadle, perdonadnos, y si teneis corazon, y ese corazon es capaz de conmoverse al ver una mujer desesperada, no le matareis!... Didier, ellos saben que es preciso que te siga, y si quieren que yo viva no te matarán.

DID. No pidas imposibles; acostúmbrate á la idea de perderme y abrázame. Cuando deje de existir me reservarás en tu memoria un sitio sagrado. Si continuara viviendo cerca de tí, mi alma ulcerada no dejaria de llorar recordando tu pasado, y tú sufririas y serias desdichada. Es mejor que yo muera.

CONS. Dentro de un momento pasará por aquí el cardenal y podreis todavía implorar su perdon.

MAR. Es verdad; puede que lo consiga de él. Ya oirás, Didier, lo que le voy á decir. No es posible que un excelente cardenal, viejo y cristiano, deje de perdonar.

Dan las nueve. DIDIER hace señal á todos de que se callen. MARION escucha con terror. DIDIER se apoya en el brazo de SAVERNY.

DID. (Al pueblo.) Vosotros, los que acudís á presenciar cómo mueren dos hombres, podreis atestiguar cuando os pregunten, que los dos sin palidecer hemos

visto llegar la última hora de la vida.

Se oyen cañonazos á la puerta de la torre. Cae el paño negro que ocultaba la brecha de la muralla. Aparece la gigantesca litera del cardenal, que llevan veinticuatro guardias, rodeada con otros veinticuatro con la alabarda y antorchas. La litera es de color de escarlata y está blasonada con las armas de la casa de Richelieu. Lleva las cortinas tiradas y atraviesa lentamente por el fondo.

MAR. (Arrastrándose de rodillas hasta la litera y retorciéndose los brazos.) ¡En nombre de Jesucristo, en nombre de vuestra raza, monseñor, perdonad á los dos reos!

UNA VOZ. (Saliendo de la litera.) No es posible perdonarlos.

MARION cae en tierra. La litera pasa y el cortejo de los dos reos se pone en marcha detrás de ella. La multitud se precipita detrás.

MAR. (Sola y levantándose.) Qué ha dicho? ¿Dónde estan? Didier! Didier! ¿Se los han llevado! Y el pueblo?... ¿Estaré soñando ó estaré loca?

Vuelve el pueblo en desórden. La litera reaparece en el fondo, por el mismo lado por donde desapareció. MARION se levanta y lanza un grito terrible.

Ah! Vuelve!

LOS GUARDIAS. (Separando al pueblo.) Plaza! Plaza!

MAR. (De pié, desmelenada y enseñando la litera al pueblo.) ¡Mirad, mirad al hombre sangriento que pasa!

Cae desvanecida al suelo.

FIN DE MARION DE LORME.



EL REY SE DIVIERTE

DRAMA EN CINCO ACTOS

PREFACIO



La aparición de este drama en el teatro dió motivo á un acto ministerial inaudito.

Al dia siguiente de su estreno remitió al autor, Jouslins de la Salle, director de escena del Teatro Francés, el siguiente oficio, cuyo original conserva:

"En este momento, que son las diez y media, acabo de recibir la orden de suspender las representaciones de EL REY SE DIVIERTE, que me comunica M. Taillor en nombre del ministro.

Hoy 23 de Noviembre."

Lo primero que le ocurrió al autor fué dudar de lo que estaba leyendo, porque el acto era arbitrario hasta lo increíble.

En efecto, la Constitución, llamada *La Carta*, dice: "Los franceses tienen derecho de publicar..." El texto no solo concede el derecho de imprimir, sino el derecho de publicar. El teatro, pues, no es más

que un medio de publicacion como la prensa, como el grabado y como la litografía. La libertad del teatro está implícitamente consignada en la Constitución como las demás libertades del pensamiento. La ley fundamental añade: "La censura no podrá restablecerse nunca." No dice el texto la censura de los periódicos,

la censura de los libros; habla de la censura en general, de la del teatro como de la de los escritos. Las obras dramáticas no pueden ser, pues, legalmente censuradas. En otra parte la Constitución dice: "Queda abolida la confiscación." Pues la supresion de una obra, despues de haberse representado, no solo es un acto de censura y de arbitrariedad, sino que es además una verdadera confiscación, porque usurpa violentamente al autor y al teatro su legítima propiedad.

En una palabra, para que todo sea claro, para que los cuatro ó cinco grandes principios sociales que la Revolución francesa grabó en bronce queden intactos en sus pedestales de granito, la Constitución deja abolido expresamente en su último artículo todo lo que sea contrario á su letra y á su espíritu en nuestras leyes anteriores.

Esto es lo formal. El decreto ministerial que prohíbe la representacion de un drama por medio de la censura atenta á la libertad y por medio de la confiscación á la propiedad. Todo nuestro derecho público se subleva contra semejante hecho de fuerza.

El autor no se decidia á creer en tanta insolencia y en tanta locura, y se pre-

sentó en el teatro, donde le confirmaron lo ocurrido. El ministro, por sí y ante sí, redactó la susodicha orden, sin fundarse en razon alguna. El ministro usurpó la obra á su autor, su derecho y su propiedad; no le faltó más que encerrarlo en la Bastilla.

La *Comedia Francesa*, estupefacta y consternada, quiso dar algunos pasos cerca del ministro para obtener la revocacion de tan extraña orden, pero fueron inútiles. El Consejo de ministros se habia reunido aquel dia, y la orden del ministro del dia 23 pasó á ser el dia 24 una orden de todo el ministerio. El 23 suspendieron la representacion del drama, el 24 lo prohibieron, conminando á la empresa á que borrara de los carteles el pavoroso título EL REY SE DIVIERTE. Intimaron además al *Teatro Francés* á que se abstuviera de quejarse. Acaso hubiera sido conveniente resistir este despotismo asiático, pero á eso no se atreven los teatros, pues el temor de que les retiren las subvenciones los convierte en siervos y en vasallos, en eunucos y en mudos.

El autor permaneció y debió permanecer extraño á estos manejos del teatro. Es poeta y no depende de ningun ministro. Los ruegos y las solicitudes que acaso le aconsejaban su interés, le prohibia entablarlas su deber de escritor libre. Pedir favor al poder era reconocerlo: la libertad y la propiedad no deben pedirse en las anteceras, y un derecho no debe solicitarse como un favor; para conseguir el favor se acude al ministro, para lograr un derecho se le pide al pais. Al pais, pues, se dirige el autor. Existen dos caminos para obtener la justicia: el de la opinion pública y el de los tribunales. El autor recurre á ambos.

Ante la opinion pública el proceso está ya juzgado y ganado. Por eso el autor dá las más sinceras gracias á todos los individuos graves é independientes de la literatura y de las artes, que en esta ocasion le han dado tantas pruebas de simpatía y de cordialidad. Contaba con su apoyo, porque sabe que cuando se trata de luchar por la libertad de la inteligencia y del pensamiento no irá nunca solo al combate.

Por mezquinos cálculos, el gobierno se vanagloriaba de contar como auxiliares hasta con los hombres que forman en las filas de la oposicion y con las pasiones literarias sublevadas hace tiempo contra el autor; el gobierno se habia imaginado que los ódios literarios serian más tena-

ces aun que los ódios políticos, fundándose en que los primeros nacen del amor propio y los segundos de los intereses. El poder se equivocó: su acto brutal indignó á los hombres honrados de todas las opiniones. El autor vió con gran satisfaccion aliarse á él, para afrontar la arbitrariedad y la injusticia, á muchos de los que con más violencia le atacaban el dia anterior. Si por casualidad algunos ódios inveterados persisten contra él, sienten ahora el auxilio momentáneo que prestaron entonces al poder. Cuantos enemigos honrados y leales cuenta el autor se le han ofrecido, tendiéndole la mano, sin perjuicio de que vuelvan al combate literario tan luego como acabe el combate político. El que es perseguido en Francia no tiene otro enemigo que su perseguidor.

Si despues de sentar que el acto ministerial es odioso é inculicable y contra derecho, descendemos por un momento á discutirlo como hecho material, la primera cuestion que se nos presenta es la siguiente: ¿Por qué motivo se dictó semejante medida?

Hay que decirlo, porque así es, y porque si el porvenir se ocupa un dia de la pequeñez de nuestros hombres, no será este detalle el menos curioso de este curioso acontecimiento. Parece que los encargados de censurar se han escandalizado, ofendidos en su moralidad, de EL REY SE DIVIERTE; este drama ha ofendido el pudor de los gendarmes: la brigada Leotand presenció la primera representacion y la encontró *obscena*; la oficina de las buenas costumbres se ha tapado la cara y Vidocq se ha ruborizado. En una palabra, la consigna que la censura dió á la policia es la siguiente: *El drama es inmoral*. Veamos si tienen razon.

Daremos explicaciones, no á la policia, á la que yo, como hombre honrado, prohibo hablar de estas materias, sino al escaso número de personas respetables y concienzudas, que por lo que han oido decir, ó por no haberlo comprendido en la primera representacion, se las ha impulsado á pronunciar tan injusto fallo. El drama corre ya impreso: si no lo habeis visto representar, leedlo, y si lo habeis visto en el teatro, leedlo tambien. Recordad que su estreno, más que representacion, fué una especie de batalla de Montlhery (y perdonadme esta vanidosa comparacion), fué una batalla en la que los parisienses y los borgoñones creyeron, ambos por su parte, ha-

berse embolsado la victoria, como dice Mathieu.

Que la obra es inmoral? Vamos á verlo. Veamos primero si es inmoral en el fondo. Triboulet es deforme, está enfermo, es bufon de palacio, y esta triple miseria que le envuelve le convierte en malvado. Triboulet odia al rey porque es rey, á los señores porque son señores y á los hombres porque no han nacido con una joroba en la espalda como él. Su único pasatiempo consiste en trabajar para que choquen los señores contra el rey, y que perezca el más débil victima del más fuerte. Deprava al rey, le corrompe, le embrutece y le empuja hácia la tiranía, hácia la ignorancia y hácia el vicio; le introduce en medio de las familias de los nobles, señalándole con el dedo la esposa que puede seducir, la hermana que puede robar, la hija que puede perder. El rey, en manos de Triboulet, no es más que un polichinela todopoderoso, que amarga todas las existencias que el bufon se empeña en deshonestar. Un dia, en medio de una fiesta, cuando Triboulet induce al rey á robar á la mujer de M. de Cossé, llega hasta el monarca Saint-Vallier y le reprocha en alta voz la deshonor de Diana de Poitiers: Triboulet insulta y escarnece á este padre, á quien el rey ha robado la hija. De aquí arranca todo el asunto del drama. Su verdadero asunto es la maldicion de Saint-Vallier. Llegamos al segundo acto, y vamos á ver sobre quién recae la maldicion de Saint-Vallier. Triboulet es hombre, es padre, y tiene una hija que ama con todo su corazon. Todo el interés del drama estriba en que Triboulet tiene una hija, que oculta á todo el mundo en un barrio desierto y en una casa solitaria. Cuanto más hace que corra por la ciudad el contagio del escándalo y del vicio, tanto más aislada y oculta tiene á su hija, á la que educa en la inocencia, en la fé y en el pudor. Le inquieta el temor de que se pervierta, porque él, que es perverso, sabe lo que sufre el que no es bueno. Pues bien, la maldicion del anciano alcanzará á Triboulet en la única cosa que ama en el mundo, en su hija. El rey, á quien Triboulet induce á robar mujeres, robará al bufon su hija, y éste se verá castigado por la Providencia del mismo modo que Saint-Vallier. Cuando verá á su hija deshonrada y perdida, tenderá al rey un lazo para vengarla, pero tambien en este lazo caerá su hija. Triboulet tiene dos discípulos, el rey y su hija; al rey lo

arrastra al vicio y á Blanca la encamina hácia la virtud. El uno pierde al otro: el bufon quiere robar para el rey la esposa de M. de Cossé, y roba su propia hija; quiere asesinar al rey para vengarla, y es su hija la que recibe la puñalada. El castigo no se detiene en la mitad del camino; la maldicion del padre de Diana cae de lleno sobre el padre de Blanca.

No nos toca á nosotros decidir si este enredo encierra interés dramático; pero es claro, es evidente, es indudable que entraña una idea moral. En el fondo de algunas obras del autor se vé la fatalidad, pero en el fondo de ésta se vé la Providencia.

Repetimos que no discutimos aquí con la policia, á la que no queremos hacer tanto honor, sino con la parte del público á la que pueda parecer necesaria esta discusion.

¿Si el drama en su parte de inventiva es moral, será inmoral en su ejecucion? Propuesta la cuestion de este modo, ella misma se defiende: probablemente nadie encontrará nada inmoral en los actos primero y segundo. ¿Parecerá acaso inmoral la situacion del tercero? Leed ese tercer acto, y luego nos direis con probidad que la impresion que os causa es profundamente casta, virtuosa y honrada.

Será inmoral el cuarto acto? ¿Desde cuándo no es permitido á un rey cortejar en la escena á una moza de posada? Esto no es nuevo, ni en la historia, ni en el teatro: os diremos más; hasta la misma historia nos autorizaba para presentar en público á Francisco I, ébrio en los tabucos de la calle del Pelicano. Llevar el rey á una casa pública no seria tampoco nuevo; esto se vé en el teatro griego, que es clásico; esto se vé en Shakespeare, que representa el teatro romántico; pero esto no pasa en EL REY SE DIVIERTE. El autor del drama conoce todo lo que se refiere de la casa de Saltabail; pero ¿por qué quieren hacerle decir lo que no ha dicho? ¿Por qué se le hace traspasar á la fuerza un límite que no traspasa? La Magdalena, tan calumniada, de su obra, no es tan descarada como las Lisetas y las Mártas del teatro antiguo. La cabaña de Saltabail es una hosteria, una taberna sospechosa, una madriguera, pero no es un lupanar. Es un lugar siniestro, terrible y espantoso, pero no es un lugar obscuro.

Quedan, pues, por juzgar los detalles del estilo. El autor acepta por jueces de la austera severidad de su estilo á los mismos que se escandalizan de las pala-